

Y entonces despierto de mi sopor y comienzo a hablar. Le cuento las mismas aventuras que una vez él me contó a mí. Le hablo de tesoros escondidos en islas recónditas, protegidos por horribles maldiciones. Traigo a su memoria el repetido cantar de un loro llamado *Capitán Flint*, mientras el monótono paso de una pata de palo suena sobre la cubierta. Advierto a su mano inquieta sobre un posible motín que, finalmente, es detenido por los bucaneros leales a su mandato. Y le recuerdo que el mar siempre le llevó de vuelta a casa, con su amada esposa, que lo esperaba con un plato caliente en la mesa. Y conmigo, que admiraba cada batalla que enfrentaba, la ganara o la perdiese.

—¡Oh, capitán, mi capitán! —repito, como colofón a una historia que se pierde en la espuma.

Esta vez, ya no contesta. No vuelve a abrir la boca y comprendo que se ha ido. Se ha perdido. Y yo, impotente, no soy capaz de seguir las indicaciones de un mapa arrugado para llegar hasta él.

—Papá... —susurro a la oscuridad.

La olla hierve. La sopa se queja de su prisión. Es la hora de cenar.

Andrés Castellanos Gallego

